

# La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio

Carlos Altamirano

UNQ / UBA / CONICET

“Solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que eso nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación... No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx –ni, por supuesto, citarlo–, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa.”

Ismael Viñas, “Orden y progreso”, *Contorno*, abril de 1959

Al revisar los escritos asociados a la resignificación del peronismo en el campo de la izquierda, es imposible no reparar en que uno de sus asuntos obligados es la pequeña burguesía (o clase(s) media(s): estas denominaciones aparecen intercambiamente para clasificar el mismo conglomerado de grupos sociales). Rodolfo Puiggrós, en su *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, le dedica un largo capítulo, titulado, con ironía algo gruesa, “La señora pequeña burguesía”, a la que encuentra prácticamente diseminada en todas las fuerzas políticas y sobre todo en la dirección de los partidos de izquierda. Los escritores de *Contorno* harán de su pertenencia a la clase media el nudo de un discurso patético, hecho de autoanálisis y automortificación, de cuyo tono el párrafo del epígrafe es una muestra elocuente. Hernández Arregui destinará páginas interminables a la representación de la pequeña burguesía en *Imperialismo y cultura* y en *La formación de la conciencia nacional*; ella será un blanco recurrente en los escritos de J. A. Ramos, y J. J. Sebrelí la hará objeto de un retrato despiadado en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. En suma, un tema sobre el cual se considera necesario escribir, pero no de cualquier modo, sino de acuerdo con un conjunto de tópicos del que se alimenta una amplia serie de textos de géneros diferentes, incluso en la forma de la narrativa de ficción.

En el curso de unos diez años –digamos de 1955 a 1965, aunque la estela seguiría– se configuró así, en el ámbito de la cultura de izquierda, lo que podríamos llamar una “literatura” social y psicológica compuesta sobre una trama de predicados que tenían como

sujeto a la pequeña burguesía o clase(s) media(s) urbana.<sup>1</sup> Ciertamente, no se trataba de un tema novedoso en la Argentina, sobre todo en el campo de la literatura de ficción y en las crónicas de costumbres.<sup>2</sup> Tampoco era la pequeña burguesía una categoría ausente, sin lugar ni papel, en el pensamiento de la izquierda: desde hacía más de cien años los escritos de Marx y Engels —en particular, los del período 1848-1852— ofrecían una verdadera cantera de esquemas, definiciones y fórmulas relativas a ella. A esa cantera habían acudido, en diferentes circunstancias, a la búsqueda de recursos analíticos o polémicos, las izquierdas que en distintos lugares del mundo hacían suyo el legado de Marx y Engels. Y también lo había hecho la izquierda argentina para justificar los usos prácticos que, según el contexto, hacía de la noción (legitimar una estrategia de alianzas o denunciar una desviación ideológica).

Pero el tema de las clases medias no se vuelve insistente hasta 1955. A partir de entonces, en las circunstancias políticas que se desencadenan tras el derrocamiento de Perón, las referencias a la pequeña burguesía/clase(s) media(s) se hacen cada vez más recurrentes: enunciados que tipifican su comportamiento político o que describen las ambigüedades de una subjetividad versátil, o que señalan, cuando no denuncian, a quienes se identifica como sus representantes intelectuales y políticos. Incluso se descubre que se la ha ignorado, pese al hecho de su relevancia en la historia de la Argentina moderna. “No se le ha asignado la importancia que merece —escribía Puiggrós—, ni se ha estudiado con detenimiento, el papel de la pequeña burguesía en la historia argentina de este siglo.”<sup>3</sup>

El frondizismo, que conoció su apogeo entre 1956 y 1958, fue antes y después de su auge un imán y un activador de los juicios referidos a la clase media. En la representación del espacio político y sus divisiones, la Intransigencia radical y su jefe serían clasificados como los exponentes de la pequeña burguesía en la escena nacional. *¿Es Frondizi un nuevo Perón?*: esta pregunta da título a un largo panfleto del trotskista Esteban Rey. No, responde Rey, es sólo el “Perón de la clase media”: “Es quien ha logrado movilizarla en mayor medida y quien expresa, en todas sus limitaciones y contradicciones, con mayor claridad, aunque siempre con retardo, el grado de conciencia nacional que ha adquirido este sector de la sociedad argentina”.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> La idea de lo que llamo aquí una “literatura” está en deuda con la acepción que Marc Angenot da al término ideología en 1889. *Un état du discours social*, Quebec, Le Préambule, 1989. Para Angenot la ideología funciona, en la división del discurso social, como una tópica —un tema y un cortejo de predicados— que si bien puede adoptar forma sistemática en un género discursivo *ad hoc* (el panfleto, por ejemplo), tiene una difusión más amplia en enunciados que se extienden y dispersan en múltiples géneros (p. 100).

<sup>2</sup> Como tema histórico y sociológico la “clase media urbana” no aparece hasta después de 1935, pero hay “muchas referencias a este sector en la producción literaria desde el siglo XIX” (Sergio Bagú, *Argentina 1875-1975. Población, economía y sociedad*, México, UNAM, 1978, p. 112).

<sup>3</sup> “No se le ha asignado la importancia que merece, ni se ha estudiado con detenimiento, el papel de la pequeña burguesía en la historia argentina de este siglo. Sin embargo, en la pequeña burguesía urbana (empleados, funcionarios, profesionales, estudiantes, militares, artesanos, pequeños industriales y pequeños comerciantes) y en la pequeña burguesía rural (pequeños propietarios y arrendatarios) está la clave de problemas argentinos fundamentales.” Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Arguementos, 1956, p. 194.

<sup>4</sup> Esteban Rey, *¿Es Frondizi un nuevo Perón?*, Buenos Aires, Ediciones “Lucha Obrera”, 1957, p. 125. Las categorías sociales que Rey coloca bajo el término “clase media urbana” son prácticamente las mismas que Puiggrós reúne como miembros de la pequeña burguesía urbana.

Aunque el objeto clases medias no fue, por cierto, monopolio de la literatura sociopsicológica producida por exponentes de la izquierda, también debe anotarse que no siempre resulta posible atribuir los textos a posiciones unívocamente definibles en el espacio ideológico. A *El medio pelo en la sociedad argentina*, de Arturo Jauretche, por ejemplo, no se lo podría ni sumar ni excluir simplemente de esa literatura. Publicado en 1966, este ensayo conoció nueve ediciones en menos de un año y fue uno de los *best sellers* de la segunda mitad de los sesenta, demostrando que el tema seguía dando que hablar y que el discurso que lo hizo suyo después de 1955 no puede ser remitido sin residuos al campo de la izquierda. Jauretche, quien ya en *Los profetas del odio* (1957) había dedicado un largo párrafo a la clase media,<sup>5</sup> no pertenecía a ninguna de las familias de la izquierda y su lenguaje ideológico no era el del marxismo, aunque aquí y allá se apropiara de algunos de sus términos. Muchas pasarelas políticas e intelectuales comunicaban el nacionalismo marxista con el nacionalismo populista de *El medio pelo...* y algunos de los tópicos de este ensayo, sobre todo los referidos a la *intelligentsia*, pueden ser reencontrados en el discurso de la llamada “izquierda nacional”.<sup>6</sup> Pero los juicios de Jauretche no podrían ser amalgamados con los de aquella. En efecto, en la contraposición entre clase media y trabajadores Jauretche percibe el tributo que los “teóricos de la lucha de clases” seguían pagando a una interpretación extraña a la experiencia argentina, interpretación que no daba cuenta de la heterogeneidad del universo social unificado bajo la categoría clase media ni de la extrema variedad de actitudes políticas e ideológicas que se registraban en su interior.<sup>7</sup>

Más allá de las diferentes versiones del verbo militante, marxista o nacionalista, habría de circular otro discurso referido a las clases medias: el que tenía como ámbito propio la sociología universitaria y que se implanta hacia los mismos años en que comienza a entretenerse la literatura que identificamos en el campo de la izquierda. Hay que evitar, obviamente, el malentendido que puede generar el empleo de la misma expresión (“clases medias”) en los dos contextos, el de la cultura de izquierda y el de la sociología universitaria, de inspiración funcionalista, como si el término fuera inmediatamente permutable de uno a otro. En este segundo contexto, la categoría no iba regularmente asociada al cortejo de imágenes y juicios que la acompañaban —como una nebulosa— en el primero, ni era parte de la misma representación de las divisiones del mundo social y sus conflictos. Tal vez pudiera mostrarse a través del cotejo de las definiciones, de los grupos sociales que la expresión designaba en cada ámbito discursivo y de los partidos en los que se reconocía la representación política de las clases medias que, al fin de cuentas, se hablaba aproximadamente de los mismos sectores. Pero, aun así, no se hablaba del mismo modo. Es decir, las reglas del discurso docto, que refractaban en el ámbito académico las preocupaciones y los intereses prácticos implicados en las visiones del mundo social, marcarían igualmente las diferencias.

¿Qué problemática regía el objeto “clases medias” en la sociología universitaria? Si hubo una reinante fue, como en toda América Latina, la problemática de la modernización,

<sup>5</sup> Arturo Jauretche, *Los profetas del odio* [1957], Buenos Aires, Peña Lillo, 1967, pp. 99-101.

<sup>6</sup> En 1957 Jauretche celebró en una larga nota encomiástica la aparición de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, la “más aguda de las síntesis intentadas por el revisionismo” (*Qué*, N° 149, 25-9-57).

<sup>7</sup> Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966, pp. 250-251.

dentro de una producción intelectual abrumadoramente dominada por los latinoamericanistas norteamericanos. Para resumirla en los términos más esquemáticos: dadas la industrialización, la urbanización y la diversificación de la estructura social experimentadas por las sociedades latinoamericanas, ¿eran las clases medias en ascenso agentes de un orden social alternativo al orden tradicional? ¿Las élites, civiles o militares, procedentes de las clases medias se orientaban realmente en sentido modernizador? La gravitación social creciente de las clases medias en los países latinoamericanos ¿hacía a estos países políticamente más estables?<sup>8</sup> Lo notable, dentro de este marco intelectual, es que los únicos estudios sociológicos disponibles (y no habrá otros durante mucho tiempo) sobre las clases medias argentinas habían sido concebidos antes y sin vinculación con la problemática de la modernización.<sup>9</sup> Más aun: las únicas investigaciones dignas de ese nombre, las emprendidas por Gino Germani, se habían iniciado a comienzos de los cuarenta bajo la preocupación por el “problema de la clase media”, es decir, por el fenómeno político inquietante que representaba la adhesión en masa que las clases medias prestaron en Italia y Alemania al fascismo y al nazismo.<sup>10</sup>

En el campo de la izquierda –independientemente del eco que encontrara allí el discurso de la sociología universitaria– el tema de la pequeña burguesía/clase media aparecería asociado a la presencia de un actor político, antes que al surgimiento de un actor social nuevo, proveniente de una transformación de la estructura de clases de la sociedad argentina. En la representación dominante dentro de la izquierda respecto de los cambios sobrevenidos en la morfología social del país, generalmente inscripta en un relato que arranca en los años treinta, eran la clase obrera industrial y la burguesía industrial las que ocupaban el lugar de los actores de formación más o menos reciente. Aunque ocasionalmente se hiciera referencia al incremento de los contingentes identificados como de miembros de la clase media, o al cambio de composición interna del conjunto así clasificado, esas observaciones, asentadas sin mayores pruebas, sólo parecían destinadas a cumplir con el requisito que obligaba a proporcionar, aunque fuera intuitivamente, un fundamento social al fenómeno que estaba en el foco de las preocupaciones prácticas.<sup>11</sup> Porque a través del

<sup>8</sup> Para un balance de los estudios sobre la clase media latinoamericana en el campo de la sociología académica en el período que estamos considerando, véase Juan Marsal, *Cambio social en América Latina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1967, pp. 97-139, y Luis Ratinoff, “Los nuevos grupos urbanos: las clases medias”, en S. M. Lipset y A. E. Solari (comps.), *Élites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

<sup>9</sup> Sergio Bagú, “La clase media en la Argentina”; Gino Germani, “La clase media en la Argentina”, y Alfredo Poviña, “Concepto de la clase media y su proyección argentina”, en Th. Cravena (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*, t. 1, Washington, Unión Panamericana, 1950.

<sup>10</sup> No es difícil detectar un cambio en las preocupaciones de Germani en lo relativo al eventual comportamiento político de las clases medias en lo que va del artículo “La clase media en la ciudad de Buenos Aires” (*Boletín del Instituto de Sociología*, N° 1, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1942), al trabajo, más abarcativo y maduro, publicado en *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*. Si en el primero el interés por el sector se justifica expresamente en la lección de la experiencia europea, en el segundo los interrogantes y conjeturas sobre el rumbo político posible de la clase media se vinculan tanto a la nueva gravitación adquirida por la clase obrera bajo el peronismo (entonces todavía en el gobierno), como a la cuestión del papel políticamente estabilizador que podrían tener esas clases en el país.

<sup>11</sup> Ilustrativo en este sentido es el artículo de Mauricio Lebedinsky, “Las capas medias en la sociedad argentina”, publicado en *Cuadernos de Cultura*, N° 50, noviembre-diciembre de 1960. Todos los artículos del número estaban dedicados a discutir y dar cuenta del proceso de izquierdización que se detectaba en las “capas medias”, y el de Lebedinsky, en la economía general del debate, estaba destinado a ofrecer los indicadores socia-

inventario de las publicaciones ideológicas de la izquierda, lo que se puede captar en lo concerniente a la clase media es, ante todo, la visibilidad pública inédita que ella ha cobrado como efecto de su movilización. Movilización política e ideológica que se remontaba al último tramo del gobierno peronista, que habría de encontrar a continuación su polo de referencia principal en el frondizismo y que todavía después de 1959, pese a los estragos que produjo la quiebra de las expectativas puestas en el gobierno presidido por Frondizi, no se había desactivado enteramente.<sup>12</sup> La fermentación política e ideológica que se registraba en las filas de las clases medias se detecta por igual tanto en el discurso de las publicaciones enroladas en las posiciones del Partido Comunista, como en el discurso rival de los círculos y las figuras que reivindicaban las posiciones de una "izquierda nacional" o de una "nueva izquierda". Pero la coincidencia en ese dato no anulaba la división ni la competencia ideológica en un campo que estaba lejos de ser homogéneo y, menos aún, armonioso. La división pasaba también por ese dato coincidente, es decir, por la interpretación que se daba a la movilización de la pequeña burguesía en las postrimerías del peronismo. Y el discurso que enjuiciará críticamente a dicha movilización —por su sentido antiperonista y por el papel que desempeñó en la campaña final contra Perón—,<sup>13</sup> que era el discurso de aquellos núcleos que, para retomar una observación de Silvia Sigal, le disputarían al Partido Comunista el monopolio del verbo marxista y, más en general, cuestionarían el trayecto y la función de la izquierda tradicional, ganará la iniciativa en la controversia a medida que 1955 retrocedía en el tiempo.

La idea de que —como escribiera Rodolfo Puiggrós—<sup>14</sup> la pequeña burguesía le "jugó una mala pasada a la clase obrera argentina" y no sólo en los meses que precedieron al 16 de septiembre de 1955 sino a lo largo de los diez años transcurridos desde 1945, y de que

---

les del fenómeno en cuestión. Pero después de hacer la aclaración terminológica correspondiente —por qué la denominación correcta era "capas medias"— y de parafrasear algunos artículos sobre la categoría en Francia, Lebedinsky dice poco y nada sobre lo que ocurre en la sociedad argentina. En las "tesis políticas" de la agrupación que por entonces dirigía J. A. Ramos se puede encontrar algo: "La composición de las clases medias ha experimentado una transformación acentuada en los últimos años. A la vieja clase media ligada al mercado extranjero, se le añadió una pequeña burguesía de nuevo tipo, vinculada al desenvolvimiento industrial y del mercado interno, de la cual el frondizismo fue expresión en su período ascendente" (*Clase y poder. Tesis políticas del Partido Socialista de la Izquierda Nacional*, 1964). No era mucho en comparación con lo que ya podía leerse desde 1955 en el libro de Germani *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

<sup>12</sup> La evocación rápida de este itinerario de la movilización, que en poco tiempo se integraría al repertorio de temas relativos a la pequeña burguesía, se puede encontrar, por ejemplo, en Jorge Enea Spilimbergo, *De Yrigoyen a Frondizi*, Buenos Aires, Editorial Amerindia, 1959, pp. 55-60, y articulada en términos no muy diferentes, aunque ajustada al ángulo del Partido Comunista, en Juan Carlos Portantiero, "Algunas variantes de la neoizquierda argentina", *Cuadernos de Cultura*, N° 50, noviembre-diciembre de 1960.

<sup>13</sup> Léase, por ejemplo, este pasaje de quien acaso más contribuyera a acuñar invectivas contra la pequeña burguesía argentina: "Si a la cuestión puramente secundaria del petróleo, que cayó Perón, ya no conmovió a nadie, lo que reveló su carácter puramente circunstancial, se agrega la campaña del 'moralismo', el cuadro estará completo. [...] El objetivo central de la campaña consistía en convulsionar el espíritu de la pequeña burguesía: de los estudiantes que polarizan de inmediato su energía, de los pequeños rentistas con alquileres congelados, de las madres de familia con hijas jóvenes, de los empleados públicos con sueldos fijos, de los comerciantes minoristas con las listas de precios máximos, de los importadores sin permiso de cambio, de los intelectuales, en fin, de esa inmensa clase media que sirve en Buenos Aires de masa de maniobra para la estrategia imperialista y a la que el proceso inflacionista había deteriorado sus condiciones de vida". En J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 454-455.

<sup>14</sup> Rodolfo Puiggrós, *op. cit.*, p. 204.

así se había abierto un abismo entre ambas, se instaló como una “estructura de culpabilización”, para emplear las palabras de Oscar Terán,<sup>15</sup> que se volvería poco a poco un componente de la sensibilidad y el sentido común de la izquierda argentina. La situación aparecía aún más dramática a los ojos de quienes no podían dejar de percibir que el conjunto de la izquierda se hallaba confinada en los límites de la clase media. “No nos engañemos –escribía, por ejemplo, Ismael Viñas, asumiendo en primera persona el reconocimiento de esta pertenencia de clase que era el rasgo común de las agrupaciones de izquierda–: la izquierda objetivamente está en el proletariado, pero nuestra izquierda consciente es fundamentalmente de clase media.”<sup>16</sup> De ahí que fuera necesario darse vuelta como un guante “y esa es una operación profunda y dolorosa”.<sup>17</sup>

Recapitulemos un poco. Hemos dicho que en el ámbito de la izquierda argentina, después de 1955 y a lo largo de los diez años que siguieron, aproximadamente, se entretejió una cadena de textos –una literatura– urdidos sobre un repertorio de predicados relativos a la pequeña burguesía (o clase media). Digamos ahora que esa literatura se expandió sobre todo en torno al núcleo peronismo-pequeña burguesía y los enunciados que componen la cadena se reducen a veces a formulaciones muy breves (micro-argumentos o micro-relatos) alojadas en escritos mucho más extensos. Ahora bien, varios de estos escritos –por ejemplo, los ensayos de Hernández Arregui, Sebrelí, Ramos, Puiggrós– alcanzarían gran resonancia dentro de un público cuya masa provenía de las filas de ese universo social que llevaba los estigmas de la clase media, en primer término, el de haber sido arrastrada al antiperonismo en el pasado reciente.

Todo esto sugiere una hipótesis: lo que he llamado una literatura sociopsicológica funcionó como una literatura de mortificación y expiación: las clases medias debían purgar las faltas que dicha literatura no dejaría de recordarles. Ahora bien, si se considera globalmente esa trama discursiva, como si todos los textos fueran articulaciones de uno solo, puede decirse que el personaje no resultará objeto de una condena definitiva. Simultáneamente cómplice y víctima de la brecha que la separaba de la clase salvadora –el proletariado– la pequeña burguesía habrá de hallar en el conjunto de esa literatura también un horizonte y un camino de conversión y reconciliación. A partir de esta hipótesis de carácter puramente heurístico, trataré de describir en las páginas que siguen el discurso relativo a la pequeña burguesía, citando algunos de sus textos y entresacando algunos de sus tópicos. Lo que me interesa no es lo que dicha literatura enseñe acerca de la realidad histórica efectiva del universo social “clase media”.<sup>18</sup> Aunque contenga observaciones sociográficas perspicaces sobre ese universo, la constelación discursiva enseña más que nada sobre los efectos que el peronismo provocó en la cultura de la izquierda argentina.

<sup>15</sup> Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 54.

<sup>16</sup> Ismael Viñas, “Orden y progreso”, *Contorno*, N° 9-10, abril de 1959, p. 72.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>18</sup> En el lenguaje de las ideologías políticas, que trazan las grandes líneas de división del espacio socio-político, los conjuntos designados (grupos, categorías, clases), así como los rasgos que se les atribuyen, participan de lo real y lo imaginario a la vez, pues los criterios de clasificación, cuya imposición es parte de la lucha, aferran y cargan de sentido a determinados *clivages*, mientras omiten, disimulan o distorsionan otros. Véase Pierre Ansart, *Les idéologies politiques*, París, PUF, 1974, p. 96. El discurso de la izquierda argentina, incluido, como es obvio, el que destinaba a la representación de la pequeña burguesía, no escapaba a esta regla general.

Una descripción de las connotaciones del término pequeña burguesía no podría soslayar la referencia a la tradición intelectual que se remite a la obra de Marx y Engels, la más poderosa e influyente de las tradiciones que alimentaban doctrinariamente a la izquierda. Desde el comienzo —como se puede ver en los escritos que componen esa obra— el de la pequeña burguesía no fue un tema puramente teórico, sino que apareció asociado a cuestiones políticas y a las discusiones sobre la estrategia revolucionaria. Y desde el comienzo, también, el término funcionaría doblemente: como instrumento del análisis social y como instrumento de invectiva política. Leamos este párrafo del *Manifiesto Comunista*:

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado —y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose— una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y serán reemplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.<sup>19</sup>

He ahí la representación de la pequeña burguesía en el espacio social: flotante entre las dos clases fundamentales de la sociedad burguesa, amenazada por la proletarización creciente y sin porvenir histórico frente a la marcha del capitalismo. Una “clase de transición”, como la definirá Marx en otro texto célebre,<sup>20</sup> cuya gravitación social y política es mayor cuanto menor es el desarrollo de las relaciones de producción capitalista y destinada a desaparecer a medida que éstas se tornen dominantes. A ella pertenecen, de acuerdo con esta representación que remite a las sociedades europeas de mediados del siglo XIX, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el pequeño propietario, categorías todas amenazadas por el avance del capital. Pero la pequeña burguesía era también un actor político: del descontento que provocaba en sus filas el proceso que conducía a la dominación plena de la burguesía y la proletarización de sus miembros, habían surgido en algunos países de Europa continental movimientos políticos democráticos y republicanos más o menos radicales, y en Francia una variante del socialismo, el “socialismo pequeñoburgués” o socialdemocracia.

A los ojos de Marx y Engels esta situación social y política engendraba el espacio para la acción común del proletariado con los movimientos pequeñoburgueses en contra de la dominación de la burguesía, pero se trataba de una alianza que la clase obrera debía encarar con cautela y sin desconocer las limitaciones de su *partner*. Porque la pequeña burguesía no era una clase verdaderamente revolucionaria, su oposición a la burguesía no era consecuente y temía la movilización independiente de la clase obrera. En ella las contradicciones entre la burguesía y el proletariado perdían filo, y sus representantes se elevaban imaginariamente por sobre los antagonismos de clase en busca de un orden que resultara de su conciliación, no de su abolición.<sup>21</sup> Respecto de las inconsecuencias de este aliado,

<sup>19</sup> Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, t. 1, Moscú, Editorial Progreso, 1981, p. 132.

<sup>20</sup> Carlos Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Editorial Polémica, 1972, p. 57.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 53 y 57.

tan pronto en solicitar el apoyo de la clase obrera como en sumarse a los enemigos de ésta, las revoluciones europeas de 1848 obrarían para Marx y Engels como un verdadero laboratorio.<sup>22</sup> Todos estos rasgos se fijarían desde entonces en la representación marxista de la pequeña burguesía.<sup>23</sup> Cuando a fines de siglo el tema de las clases medias (y, en su huella, el de los intelectuales como nueva categoría de las clases medias) se instale dentro de la discusión entre “revisionistas” y “ortodoxos”, el debate se desarrollará siguiendo el carril que ya había dejado la cuestión de la pequeña burguesía —el de la proletarización, el de las alianzas políticas, etcétera—.<sup>24</sup>

2 “En la vida ideológica real —escribe Robert Fossaert— esas cosas llamadas marxismo, liberalismo, chifismo, etc., funcionan [...] como paradigmas móviles en los que los anacronismos florecen de acuerdo a la conveniencia de los aparatos político-ideológicos aptos para jugar con esos ‘ismos’”.<sup>25</sup> Si dejamos de lado el término “aparato”, que hace pensar en órganos e instituciones más o menos estables, las palabras de Fossaert son apropiadas para el funcionamiento del marxismo en el discurso que se había engendrado alrededor del tema pequeña burguesía en la izquierda argentina. Ese discurso se alimentó de la tradición forjada a partir de los escritos de Marx y algunos de sus tópicos no serían sino variaciones de esquemas y fórmulas procedentes de ella, reutilizados con la mayor indiferencia respecto de los anacronismos. ¿Cómo no reconocer ese fondo en las palabras con que Hernández Arregui, por ejemplo, caracteriza a la clase media?: “Incapaz de definirse, de conducir a término y con decisión un movimiento revolucionario, es el colchón amortiguador entre las dos clases verdaderamente revolucionarias, la burguesía y el proletariado y marcha políticamente a la deriva de ellas”.<sup>26</sup> ¿O en estas otras de Puiggrós respecto de la versatilidad pequeñoburguesa?: “No presenta un solo bloque, sino varios bloques, y cada uno de ellos cambia con frecuencia de tendencia y de partido, de acuerdo a las cir-

<sup>22</sup> Además de *El dieciocho Brumario...*, de Marx, véase de F. Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, y de ambos *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., t. I.

<sup>23</sup> Nada ilustra mejor esta permanencia que las siguientes palabras de Kautsky escritas en 1909, es decir, cuando aún oficiaba para los socialistas de todos los países como el intérprete más autorizado del legado marxista: “[...] Marx ya insistió sobre el hecho de que el pequeño burgués, tipo intermediario entre el capitalista y el proletario, oscila del uno al otro, y es hombre de dos partidos. No debemos contar con la pequeña burguesía, jamás será una aliada digna de confianza, por lo menos en conjunto, pues algunos de sus miembros pueden llegar a ser excelentes socialistas”. Pero la permanencia se registra también en la declaración de esperanza que Kautsky agrega poco después: “Mas eso no impide, quizás, que llegue un día en que, por efectos del peso insostenible de los impuestos y de una súbita caída moral de los dirigentes, acuda hacia nosotros en masa, manobra que podrá barrer al adversario y decidir nuestra victoria” (Carlos Kautsky, *El camino del poder*, Buenos Aires, Claridad, s/f, p. 154).

<sup>24</sup> Sobre los intelectuales como “nueva clase media” véase Karl Kautsky, “La inteligencia y la socialdemocracia”, en Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 15-20, el estudio introductorio de Leonardo Paggi, “Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas”, y Louis Pinto, “Les intellectuels vers 1900: une nouvelle classe moyenne”, en G. Lavau, G. Grunberg, N. Mayer (eds.), *L'univers politique des classes moyennes*, París, Presses de la Fondation National des Sciences Politiques, 1983, pp. 146-150.

<sup>25</sup> Robert Fossaert, *La Société. Les structures idéologiques*, París, Seuil, 1983, p. 131.

<sup>26</sup> Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 95.



cunstancias y a sus conveniencias".<sup>27</sup> Por cierto, aquí y allá, en la forma de la cita o de la glosa, se registra en ese discurso el eco de interpretaciones sociológicas relativas a la pequeña burguesía que no provienen de la estela ideológica del marxismo. Pero esos préstamos (como los tomados a C. Wright Mills, por ejemplo) se añaden como complementos o articulaciones de los esquemas provenientes del lenguaje marxista. No había, en suma, mayor preocupación ni por lo que los análisis de Marx debían a la experiencia de la historia de las sociedades europeas del siglo XIX, ni por el hecho de que las clases medias movilizadas en la Argentina eran parte de una galaxia en expansión, ligada a la modernización experimentada por la sociedad nacional, no esa clase amenazada por la polarización que acompañaba el desarrollo del capitalismo.

De pasajes como los que acabamos de citar podría decirse que, considerados por sí mismos, en ellos sólo se habla de la pequeña burguesía universal, sin determinación de lugar ni de tiempo, siempre oscilante entre la burguesía y la clase obrera, temerosa de la proletarización, veleidosa e inconsecuente, conforme a la representación recibida. Pero en esa literatura había otra clase de enunciados, sin embargo, que no parafraseaban las representaciones de la pequeña burguesía eterna, si se puede decir así. Como éste de Juan José Sebreli: "Desde el punto de vista individual y psicológico, el verdadero anticabecita negra es el pequeño-burgués".<sup>28</sup> O el que se puede leer en el párrafo que extraemos nuevamente de las páginas de Hernández Arregui: "El instrumento de que se vale la oligarquía para conservar y difundir su pensamiento de clase es la pequeño-burguesía, con su inmensa proporción de ascendencia inmigrante".<sup>29</sup> De ninguna de estas aseveraciones se podría decir que se limitan a retomar algunas de las representaciones asociadas regularmente a la pequeña burguesía en la tradición que se remitía a los escritos de Marx y Engels o era convergente con ella. La imagen del antagonismo *cabecita negra/pequeñoburgués* no pretendía evocar genéricamente el conflicto entre la clase obrera y la pequeña burguesía, sino una hostilidad particular, históricamente situada: la de los miembros de esta última contra el contingente plebeyo del peronismo. Al consignar que el pequeñoburgués es el "verdadero anticabecita negra" únicamente desde el punto de vista individual y psicológico, Sebreli advierte al lector que ése no es el verdadero antagonismo desde el punto de vista social y objetivo. (No pasemos por alto esta distinción que no sólo sustrae a la clase media del campo de las clases "objetivamente" opuestas al proletariado, sino que deja entrever la posibilidad de una salvación para el pequeño-burgués). Hernández Arregui, por su parte, le hacía a la clase media imputaciones que eran lugar común en todos los exponentes del nacionalismo marxista: polea de transmisión del pensamiento oligárquico, débil arraigo nacional por el origen inmigratorio de la mayoría de sus contingentes, cosmopolitismo.

Digamos, entonces, para resumir, que la literatura socio-psicológica activada por el tema de la pequeña burguesía reunía estos dos tipos de predicados, los que tenían como sujeto a la pequeña burguesía universal y los que correspondían a la pequeña burguesía argentina; mientras los primeros por lo general reproducían, glosándolos, argumentos y fórmulas procedentes del marxismo, los segundos tenían como asunto dominante el divorcio

<sup>27</sup> Rodolfo Puiggrós, *El proletariado en la revolución nacional*, Buenos Aires, 1958, p. 115.

<sup>28</sup> Juan José Sebreli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo XX, 1964, p. 103.

<sup>29</sup> Hernández Arregui, *La formación...*, ed. cit., p. 94.

entre la pequeña burguesía y las masas populares (de ello habla también, aunque indirectamente, la imputación de Hernández Arregui), más en particular, el divorcio respecto de las masas del peronismo. ¿Cómo aparecían estas dos clases de enunciados en el movimiento del discurso? Ligados y remitiéndose unos a otros, como partes de una misma cadena de razones. Ahora bien, esta descripción puede hacer pensar en el desarrollo de la deducción, en el movimiento que va de la explicación general al caso particular. En realidad había muy poco de eso. De hecho el comportamiento que era objeto de particular censura, el divorcio que en algún momento del discurso siempre aparecía y era el principal núcleo generador de esa literatura, no se explicaba efectivamente a partir del esquema general. Pero si este esquema y las fórmulas correspondientes no ofrecían demasiado esclarecimiento teórico, cumplían, en cambio, un relevante papel retórico: por efecto de la conexión, el comportamiento de la pequeña burguesía argentina se insertaba en un cuadro de conductas ya estigmatizadas en la doctrina, en una saga de caídas y desvíos que incrementaban el sentido negativo de sus faltas particulares.

**3** Si esta literatura reclutaba sus lectores en las clases medias, era porque el mensaje llegaba a su destino. Pero, ¿qué había en ese público que lo predisponía a la recepción de un mensaje que lo inculcaba? Antes de arriesgar una respuesta quiero detenerme en uno de los tópicos de la acusación: el del moralismo como rasgo propio de la pequeña burguesía. Veámos qué nos dice de él Hernández Arregui:

Esta clase, muy sugestionable y formada en el sistema de costumbres y valorizaciones de la burguesía, es fácilmente orientada por los grupos interesados en modificar una situación política dada. La técnica utilizada es siempre la exaltación de la moral, la necesidad de restaurar los cimientos del orden amenazados, la familia, la religión, la propiedad.<sup>30</sup>

¿Qué es lo que hacía de la pequeña burguesía un candidato tan propicio para las campañas moralizadoras? Su situación de clase intermedia y el temor, asociado a esa situación, a perder posiciones en la jerarquía social como consecuencia de los antagonismos de clase propios de la sociedad capitalista. Para escapar a la inseguridad permanente exalta y se aferra a “supuestos morales también permanentes. Es moral porque tiene miedo”.<sup>31</sup> Después de las consideraciones generales acerca de la pequeña burguesía universal, Hernández Arregui ofrecía en una nota la ilustración de la propensión pequeñoburguesa a identificarse con los llamamientos moralizantes: la adhesión que logró en las filas de la clase media la campaña de desprestigio que se desató en la Argentina, en 1955, contra el peronismo en el gobierno y que tuvo como tema la corrupción oficial y como blancos a la CGT, al IAPI y al propio Perón. En *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* Ramos también le dedicó un párrafo al “moralismo de la clase media” a propósito de la misma campaña.<sup>32</sup>

Hagamos una primera observación antes de proseguir: poner al descubierto el mora-

<sup>30</sup> Juan José Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, p. 271.

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 272.

<sup>32</sup> J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, ed. cit., pp. 454-457.

lismo de la pequeña burguesía era parte de la lucha por la opinión de la pequeña burguesía —por lo menos la de algunas de sus categorías—. El derrocamiento de Perón, que abrió casi inmediatamente la lucha entre los componentes del arco antiperonista, convirtió en campo de disputa esa opinión movilizadora, que no tardaría en dividirse respecto del nuevo oficialismo, el de la Revolución Libertadora.<sup>33</sup> El eco que encontraba en un sector creciente de ella la fórmula política del frondizismo era el índice de un realineamiento y de que cobraba fuerza la expectativa de una clave para la comunicación con las masas peronistas.<sup>34</sup> Pues bien, ahí comenzaban los interrogantes: ¿la búsqueda de esta comunicación obligaba a la revisión del juicio sobre el régimen peronista, en oposición al cual la movilización había comenzado? De ser necesaria, ¿hasta dónde debía llegar esa revisión? ¿Fijaban un límite por ejemplo las denuncias de inmoralidad pública, en torno a las cuales seguían machacando los nuevos dueños de la situación?

Sobre el fondo de estas alternativas entre políticas y morales debe leerse, por ejemplo, la carta que Ernesto Sábato dirigió al semanario *Qué*, cuando éste se había convertido ya en el principal órgano de opinión del frondizismo. El escritor, quien no quería ser confundido “con ese género de antiperonista que antes del 45 era abogado de ferrocarril del Sud o tranquilo veraneante de Biarritz”, le reprocha a la publicación que por entonces dirigía Rogelio Frigerio (en realidad la carta no es sino una polémica con éste) que “tanto en el análisis del peronismo como en su justificación, sólo tienen presente el grado de desenvolvimiento económico que el régimen produjo. Todo lo demás les tiene sin cuidado”. No parece importar, continúa, “que se torturase a estudiantes en las cárceles, que se corrompiera el país, que se fomentase el servilismo y la abyección, si instalaba una fábrica de tractores”. La crítica, que juzga legítima, al orden surgido tras la caída de Perón no debía llevar al embellecimiento del régimen derrocado: “no se diga que porque esto es malo aquello era una maravilla”.<sup>35</sup> Había, pues, unos límites que no debían ser traspasados en la comprensión del “hecho peronista”.

La dirección del semanario no respondió a la carta, pero fue elocuente en el título con que la dio a conocer, “¿Planteos éticos o defensa de la soberanía económica?”, disyuntiva que era un modo indirecto de colocar la impugnación de Sábato bajo el signo del moralismo. Era necesario elegir —venía a decir ese título— y las objeciones morales no podían llevar a perder de vista lo principal: la soberanía económica. Ahora bien, si en este caso el cuestionamiento a la primacía de los “planteos éticos” en la definición de la actitud frente al peronismo podía ser atribuido al economicismo del pensamiento frigerista, no todas las críticas a los reparos de carácter moral respondían, sin embargo, a la misma matriz. Desde una perspectiva contraria a la de Frigerio, cuya gravitación en el frondizismo había

<sup>33</sup> En la carta que Arturo Jauretche escribiera al dirigente socialista Alfredo Palacios, hecha pública el 1.º de marzo de 1956 en Montevideo, aquél señala la división que se ha producido ya en las filas de la “clase media” respecto de la Revolución Libertadora: “Esta revolución no cuenta hoy más que con una parte de la clase media: los restos del capitalismo rentista, burocracia, educadores y profesionales; y su sola fuerza estriba en que gran parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas salieron de su seno lo mismo que los llamados *intelectuales libres*” (“La clase media entre dos fuegos”, *Qué*, N° 97, 21-8-56).

<sup>34</sup> Como escribiera un periodista que se integraría al experimento frondizista: “Hoy se trata de encontrar la clave que permita nuestra [la de la nueva generación] comunicación con las masas peronistas”. Rodolfo Pandolfi, “El 17 de octubre, trampa y salida”, en *Contorno*, N° 7-8, julio de 1956.

<sup>35</sup> *Qué*, 2-10-57.

denunciado como una desviación, Ismael Viñas encontraba también en el moralismo un escollo. Pero lo distintivo era para Viñas que el escollo disimulaba un disgusto de clase, disgusto que obstruía las relaciones de una izquierda de clase media con el peronismo: "Nuestra repugnancia ética a tratar con el peronismo, nuestra tendencia a creerlo absorbible por nuestras respectivas organizaciones, nuestros brotes de gorilismo, enmascaran muy a menudo el conflicto clasista que aun no hemos resuelto".<sup>36</sup>

Pero, ¿los "planteos éticos" se activaban sólo en los reparos al peronismo, o los llamados a comprenderlo apelaban al mismo resorte? Nuevamente es Ernesto Sábato quien nos proporciona un ejemplo ilustrativo al respecto.

En su ensayo de 1956, *El otro rostro del peronismo*, que era una réplica al libro de Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, hay una escena que está en el centro del escrito y realiza, por decir así, el sentido de su título. Sábato relata que recibió la noticia del derrocamiento de Perón cuando se encontraba en Salta, rodeado de amigos que eran miembros de las buenas familias de la provincia, y cuenta cómo celebró con ellos, alborozado, el fin del régimen peronista. Pero, en medio de aquella algarabía percibe, en un rincón apartado, una escena diferente: "mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas".

La escena funciona como una alegoría y hace sensible a los ojos del escritor (y, a través de él, a los de sus lectores) la escisión que dividía a la sociedad argentina. Las dos muchachas indias simbolizaban a "muchos millones de desposeídos y trabajadores" que "derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos". Ese "otro rostro del peronismo" había sido ignorado por la mayor parte de los partidos y de la *intelligentsia*. Peor aún: sin ningún esfuerzo por "desentrañar lo que en aquel movimiento confuso había de genuino, de inevitable y de justo, nos habíamos entregado al escarnio, a la mofa, al *bon mot* de sociedad".<sup>37</sup> En lugar de comprender al pueblo trabajador, que había hecho su aparición tumultuosa en la vida política nacional a través del peronismo, se lo menospreció. Tampoco la izquierda había escapado a la ceguera: en nombre de un proletariado platónico —el de los libros de Marx— fue incapaz de reconocer al proletariado real, "un proletariado grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo".<sup>38</sup>

¿Cómo no llamar moral (o moralista, si se lo quiere hacer objeto de impugnación) este discurso autoacusatorio, enunciado en una primera persona del plural que busca implicar a sus lectores? El lenguaje de Sábato —más afín con el de Lamennais que con el de Marx, con un socialismo de resonancias cristianas que con el materialismo histórico— deja percibir mejor lo que podía disimularse bajo un lenguaje más profano: la declaración de

<sup>36</sup> Ismael Viñas, "Orden y progreso", cit., p. 75.

<sup>37</sup> Ernesto Sábato, *El otro rostro del peronismo*, Buenos Aires, s/sello editorial, 1956, p. 40. Pocos años después, en una carta al "Che" Guevara del 1º de febrero de 1960, Sábato retomará aquella escena y extraerá de ella una conclusión más radical: "los árboles nos habían impedido ver el bosque y [...] los afamados textos en que habíamos leído sobre revoluciones químicamente puras nos habían impedido ver con nuestros propios ojos una revolución sucia (como siempre son los movimientos históricos reales) que se desarrollaba tumultuosamente ante nosotros". (Carta recogida en Ernesto Sábato, *Claves políticas*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1971, pp. 81-86.)

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 42.

una culpa y el sentimiento de una deuda con el pueblo. Ni la culpa ni la deuda eran individuales, sino colectivas, pero ¿de qué índole sino moral era esta "mala conciencia"?

Podemos intentar ahora una respuesta a la cuestión planteada al comienzo de este párrafo: si la literatura de mortificación alcanzaba su destino era porque iba al encuentro del lector adecuado, es decir, predispuesto a ser interpelado por las deudas de su clase con el pueblo al que había abandonado, desconociéndolo como tal en 1945 y en 1955, hasta el punto de unirse a sus enemigos para enfrentarlo. La acusación de quienes, como Ramos, Hernández Arregui o Viñas, achacaban a la pequeña burguesía su moralismo no sólo se dirigía a la opinión en disputa de la clase media, sino que la tomaban en su "malestar", el que provocaba en ella el abismo que la separaba de las clases populares, un abismo que habría de vivir cada vez más como éticamente intolerable. No importa cuánta conciencia de ello tuvieran los personajes involucrados, era la propensión a la reacción moral lo que buscaban activar los cargos a la clase media, entre ellos el cargo de moralismo.

4 El fin del auge frondizista en el área de la izquierda se haría manifiesto ya en 1959, pero el agotamiento de ese impulso no hizo caducar los temas y las disputas que se habían asociado con él. Por ejemplo, los tópicos relativos a la pequeña burguesía. Bastan unos pocos títulos editados o reeditados después de 1959 para señalar el hilo de su permanencia: en 1960, Hernández Arregui le consagra numerosos pasajes de *La formación de la conciencia nacional*; en 1961, Portantiero le dedica al tema "peronismo y capas medias" muchas páginas de su volumen *Realismo y realidad en la literatura argentina*; en 1962, Jorge Abelardo Ramos reedita *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. La culminación llega en 1964, cuando Juan José Sebreli reúne todos los tópicos en el capítulo que destina a la clase media porteña en *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*.

Recordemos el objeto y la estructura de este libro que conoció seis ediciones en un año y que no dejaría de reeditarse durante dos décadas: ofrecer una sociología de los estilos de vida de las distintas clases que constituían a los ojos del autor el universo social de Buenos Aires, en la forma de una sucesión de cuadros dedicados a representar a "las burguesías", "la clase media", "el lumpen", "los obreros". A lo largo de sus páginas, la crónica de costumbres, las referencias históricas y las observaciones sociográficas agudas se entrelazan con las generalizaciones sin pruebas y las fórmulas ideológicas enunciadas con tono de evidencia, en el despliegue de una sociología más bien novelesca.

Entre la descripción por momentos fascinada del mundo distinguido de la oligarquía, la sugestión de la "mala vida" y las "orillas", evocadas a propósito del lumpenproletariado, y la vida obrera, que a pesar de sus alienaciones presentes encarna la esperanza de la desalienación general, aparece la figura de clase media porteña. Sebreli recolecta todos los motivos de estigma que ya hemos visto y añade otros, acumulándolos en una exposición de cargos que sustentan un verdadero proceso cuya severidad no tiene equivalente en los otros capítulos y que sólo al final deja entrever la posibilidad de una salvación.<sup>39</sup> Desde la

<sup>39</sup> Muchos años después, en el curso de una serie de diálogos con Orfilia Polemann, Sebreli hace suyo el juicio de que uno de los capítulos logrados de *Buenos Aires...* es el dedicado a la clase media. Como si la verdad testimonial garantizara la verdad sociológica del testimonio, Sebreli comenta que ese logro no es casual: "La clase media es mi propia clase. Las casas de departamento que describo son las mías, donde pasé la infancia.

fealdad deprimente de sus viviendas al formalismo vacío de su mentalidad, desde el individualismo a la hipocresía de su moral, desde la vulgaridad de sus fantasías de clase a su conducta imitativa: todo le otorga al pequeñoburgués los rasgos de la “mediocridad negativa” que evocaba el término filisteo en el discurso intelectual del siglo XIX. Sebrelí se refiere también a la campaña moralista contra el gobierno de Perón y al eco que ella tuvo en la clase media (ya hemos visto que identificaba en el pequeñoburgués al verdadero anticabecita negra “desde el punto de vista individual y psicológico”). Los grupos intelectuales de la clase media tampoco escapan a la enumeración de cargos y la adhesión del grupo de la revista *Contorno* al frondizismo servirá para ilustrar la tendencia a la ensoñación política que suele ser propia de esa clase.

En cuanto al moralismo, Sebrelí le da al tópico un nuevo desarrollo dedicando varias páginas a la crítica de la sexualidad de la clase media. De hecho el tema no aparece en los capítulos que el libro consagra a las otras clases, si se exceptúa la referencia hecha al pasar de que la oligarquía es más tolerante en la materia y que el proletariado da muestra de una sexualidad más libre, casi natural, “pagana”, lo que “paradójicamente lo acercan a la alta burguesía —los extremos se tocan— y lo alejan de la clase media”.<sup>40</sup> Esta última, en cambio, se presta como ninguna otra al dispositivo de represiones y tabúes de la moral burguesa. Es tal la eficacia de ese dispositivo sobre ella “que acepta y aprueba las mismas leyes que provocan sus frustraciones y su profundo desajuste sexual, del mismo modo que toma partido a favor del sistema económico que la explota”. Incluso el “proclamado laicismo de la clase media” no hace otra cosa que disimular el encadenamiento inconsciente a “los más retrógrados prejuicios de la moral judeo-cristiana en su lucha contra la sexualidad y toda expresión de la alegría de vivir”.<sup>41</sup> La hipocresía es “del lote de la clase media”, así como la masturbación (sin decir porqué, Sebrelí da a entender que es mayor en sus filas). En fin, esta variación del tópico del moralismo del pequeñoburgués porteño no invoca la autoridad de Marx, sino la de Daniel Guérin y la del entonces célebre “Informe Kinsey” sobre el comportamiento sexual de los norteamericanos.

5 Podría decirse que el capítulo de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* da culminación a la literatura socio-psicológica relativa a la pequeña burguesía que ha sido el objeto de esta exploración: si bien el discurso continuará, no va a añadir ya nada, como no fueran nuevos ejemplos, al cuadro de estigmas resumidos por Sebrelí. Pero los géneros bajo los cuales cobró forma esa literatura no se redujeron a los que han aparecido hasta ahora: el que tomaba la forma del encadenamiento de razones o discurso argumentativo y el que tomaba la forma del relato histórico o pretendidamente tal (los años 1945 y 1955 eran por lo general los que ofrecían la materia para este último). A ellos hay que agregar los relatos de ficción.

Un segmento de la narrativa de David Viñas tiene como eje visible la relación clase media/peronismo: desde el relato “¡Paso a los héroes!”, publicado en *Contorno* (julio de

---

Las familias pequeñoburguesas que analizo son mi familia, la de mis parientes, amigos y vecinos”. *Señales de la memoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 196.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 77.

1956) a la novela *Los años despiadados* (1957) y, sobre todo, los cuentos de *Las malas costumbres* (1964). Sin embargo, ninguno de los relatos de Viñas se presta a la ejemplificación de modo tan diáfano como el cuento de Germán Rozenmacher, "Cabecita negra", incluido en el libro del mismo nombre (1962), que nos permite ser breves porque tiene la virtud de ajustarse, casi sin residuos, a la recreación ficcional de algunos de los tópicos que hemos visto. Esta cualidad didáctica no hace menos representativos ni el cuento ni el nombre de Rozenmacher, quien es reconocido como uno de los exponentes de la generación de escritores pertenecientes a la izquierda que, en los años sesenta, elaboraría literariamente una revalorización del peronismo.<sup>42</sup>

¿Cual es la historia que cuenta "Cabecita negra"? El protagonista, acosado por el insomnio, da vueltas en su departamento, solo. Es el señor Lanari. Poco a poco nos enteramos de que el personaje es dueño de una ferretería, que se ha hecho de una posición trabajando "como un animal", que tiene un auto, además de una casa de fin de semana, adonde su familia se ha ido por unos días. Asomado al balcón en medio de la noche, el señor Lanari oye los gritos desesperados de una mujer, baja para ver y se encuentra con una adolescente "cabecita negra" completamente borracha que pide que la ayuden con unos pesos. Entre el desprecio y la piedad que le inspira quien podría ser su sirvienta, el hombre le da el dinero. Pero no ha terminado de hacerlo cuando aparece en escena un agente de policía que le impedirá disfrutar de su sentimiento de superioridad: confundiendo a quien ha abandonado a la muchacha, lo acusa de corruptor y amenaza con llevarlo preso. Enredado en una situación que no comprende, el señor Lanari comienza a experimentar miedo al comprobar que el vigilante que lo trata con insolencia es también un "cabecita negra". Para salir del equívoco e impresionar al amenazante policía lo invita a su departamento, hacia donde parten los tres. Una vez allí la muchacha se echa a dormir en la cama del dueño de casa, a quien el policía, que ha resultado ser hermano de aquélla, humilla y golpea hasta que la joven, tras despertarse, disipa el malentendido: el comerciante no era el hombre en cuestión. Los hermanos se van y con ellos el insomnio que desvelaba al protagonista. Al despertar al día siguiente y recordar la experiencia vivida, no sólo lo invade el odio contra "la chusma", sino también la certidumbre de que "desde entonces jamás estaría seguro de nada".<sup>43</sup>

En el relato no hay nada que pueda extraviar al lector respecto del sentido de la historia, ni respecto de la intención crítica que la rige. Todo es evidente, incluso la ironía. El protagonista es el pequeño burgués y tiene la posición y las disposiciones propias de su clase. Los bienes con que cuenta provienen de su esfuerzo, aunque también "había tenido que aplastar muchas cabezas para sobrevivir". En su vida no ha tenido otro afán que llegar a ser considerado un "señor" y lo que ocurriera con los demás no era de su incumbencia ("Ahí afuera, en la calle, podían estar matándose"), es decir, tiene la marca individua-

<sup>42</sup> Véase Ernesto Goldar, *El peronismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Freeland, 1971, pp. 148-149; Andrés Avellaneda, *El habla de la ideología*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 25. Véase también Rodolfo Borello, *El peronismo (1943-1955) en la narrativa argentina*, Ottawa, Dovehouse Editions, 1991. Viñas y Rozenmacher, escribe Borello, "coincidieron [...] en ver al peronismo como un verdadero catalizador que puso al descubierto algunos de los rasgos más negativos de la sociedad argentina y, en especial, de su clase media, sector al que siempre describieron con reiterada acritud y negatividad" (p. 223).

<sup>43</sup> Germán Rozenmacher, "Cabecita negra", en *Cuentos completos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, pp. 32-38. Todas las citas del cuento remiten a esta edición.

lista esperable. Su racismo de clase es explícito –es el anticabecita negra–, así como es explícita la asociación del sintagma “cabecita negra” con el 17 de octubre de 1945: cuando el policía se saca los zapatos y se afloja la campera, el protagonista recordará “a esos negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso”.

El cuento de Rozenmacher ha sido relacionado con el de Julio Cortázar, “Casa tomada” (1951). De acuerdo con una interpretación de Sebreli que se volvió canónica para una parte de la crítica, el cuento de Cortázar habría dado expresión, en la forma de un relato fantástico, a la sensación angustiosa de invasión que experimentó la clase media ante la irrupción obrera –simbolizada por el “cabecita negra”– en el espacio social. La asociación con el relato de Rozenmacher aparece en la lógica de esta línea interpretativa: “Cabecita negra” le daría, en una ficción de tipo realista, una figuración concreta, la del policía-cabecita, a ese sentimiento de invasión que en Cortázar era un fantasma sin apariencia.<sup>44</sup> Se puede pensar, incluso, que el propio Rozenmacher no sólo imaginó su relato como una inversión realista de “Casa tomada” sino que citó apenas disimuladamente el otro texto en el suyo. Léase la descripción del sentimiento que se apodera de Lanari al observar impotente la ocupación que los dos hermanos han hecho de su casa: “Todo estaba al revés. Esa china que podía ser su sirvienta en su cama y ese hombre del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era policía, ahí, tomando su coñac. La casa estaba tomada”.

Independientemente de las relaciones intertextuales que pueda mantener con el cuento de Cortázar, más ambiguo y complejo, lo que no ofrece dudas es el encadenamiento de “Cabecita negra” a esa trama de textos de distintos géneros que creció en torno al núcleo peronismo/pequeña burguesía. Incluso el realismo que se le reconoce es indisociable de los presupuestos y los tópicos de esa literatura. En efecto, la historia que narra pertenece al orden de lo improbable más que al de lo típico, pero extrae su verosimilitud no sólo del “efecto de realidad” de las notaciones sociográficas que contiene sino de los tópicos que realiza –en primer término, el del pequeño burgués antiperonista– en la forma de un relato de ficción. Dicho de otro modo: obtuvo su credibilidad literaria del consenso creciente respecto de los temas ideológicos que la historia ponía en forma, dando nueva modalidad de circulación a esos temas y reforzando su plausibilidad.

**6** Veleidosa, timorata, moralista, proclive al formalismo y a todas las ilusiones políticas, instrumento y víctima a la vez de los que oprimen a la nación y a las clases populares, “gorila”, fuerza de choque de la movilización civil antiperonista: la pequeña burguesía. No obstante, no se trataba de una clase enemiga. Es decir, en las representaciones de la sociedad argentina en que la izquierda, en cualquiera de sus variantes, fijaba las grandes líneas de la división social, designaba los campos de fuerza y formulaba las finalidades de la Revolución, se la definiera antimperialista o socialista, la pequeña burguesía no figura entre las clases y los intereses que era necesario destruir para poner fin a la opresión y abrir paso a la nueva sociedad. No era la clase elegida por la historia, como el proletariado (la idea del proletariado como “pueblo elegido”, idea que resulta necesario distinguir del concep-

<sup>44</sup> La elaboración más fina y articulada de la interpretación de Sebreli es la que hizo Andrés Avellaneda en *El habla de la ideología*, ed. cit., pp. 108-124.



to de clase obrera, forma parte de la dimensión profética del marxismo).<sup>45</sup> Pero la pequeña burguesía tampoco era, como la oligarquía, el imperialismo, la burguesía, o alguna conjunción de todos estos elementos, una fuerza cuyo poderío económico o político la acción revolucionaria tuviera como blanco. Por el contrario, se la registraba, sea en su conjunto, sea sólo en algunos de sus sectores o de sus categorías –sobre esto los juicios variaban– como una fuerza cuya alianza el proletariado debía buscar. Más aún: el alejamiento o la enemistad de ese aliado acarrearía graves consecuencias. ¿No leemos en Jorge Abelardo Ramos que el régimen bonapartista de Perón había sido incapaz de promover el encuentro entre las masas y la juventud pequeñoburguesa y que de “esa fisura se nutrió permanentemente la contrarrevolución”?<sup>46</sup> ¿Y Rodolfo Puiggrós no ilustra también con la experiencia todavía reciente del peronismo la idea de que hay “que contar con ella [la pequeña burguesía] para ganarla o neutralizarla” y que atacarla de frente “es una locura”?<sup>47</sup>

Creo que podemos retomar ahora la hipótesis esbozada antes. Hablé de una “literatura de mortificación y expiación” para caracterizar la función de esa constelación discursiva que se desarrolló en torno al tema de la pequeña burguesía o clase media y que tenía en las filas de ésta a la masa de su público; dije también que si se consideraba esa literatura como un todo, y a cada una de sus piezas –argumentativas o narrativas– como *pars totalis*, es decir, como miembros de un discurso global, se llegaba a la conclusión de que el personaje largamente estigmatizado no resultaba, al final, objeto de una condena definitiva. Esa misma literatura le ofrece, junto con el conocimiento del sentido de la historia, un horizonte de salvación: unir “su destino al del proletariado”, como escribe Sebrelí, quien al final de su feroz retrato de la clase media cree advertir en ella los signos de un “cambio en mentalidad”, es decir, de una conversión que podía llevar al encuentro salvador si la clase obrera demostraba, por su lado, vocación de clase universal.<sup>48</sup>

El discurso relativo a la pequeña burguesía que creció en el área de la izquierda argentina contenía pues un mensaje de mortificación y, a la vez, un llamado. Recordemos las palabras de Ismael Viñas citadas en el epígrafe: “es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa”. La literatura socio-psicológica que hemos examinado era parte de esa operación y una incitación a superar simbólicamente los estigmas de la clase media, rompiendo con la imagen de sí misma que esa literatura le ofrecía. Unir el propio destino pequeñoburgués al del proletariado, anulando la distancia entre ambos, no era un acto simple, como ya lo hemos visto: no bastaba leer a Marx, ni militar en un partido de izquierda (si se trataba de un partido de la izquierda tradicional esa militancia era más bien un obstáculo). Era necesario una conversión, darse vuelta

<sup>45</sup> Véase el penetrante capítulo que Karl Löwith le dedica a Marx en *El sentido de la historia*, Madrid, Aguilar, 1958, pp. 53-77.

<sup>46</sup> Jorge Abelardo Ramos, *Revolución...*, p. 11. En 1964, el grupo político que inspiraba Ramos irá más allá en el juicio acerca del papel político de la pequeña burguesía: “La alianza del proletariado con la pequeña burguesía constituye el fundamento estratégico de la revolución argentina” (*Clase obrera y poder*. Tesis políticas del III Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional).

<sup>47</sup> Rodolfo Puiggrós, *El proletariado...*, p. 115.

<sup>48</sup> O sea, si la clase obrera se ponía a la altura de la misión que el marxismo le asigna: “tomar conciencia de su papel conductor, justificarse en una ideología coherente que la erija en clase universal representante de la sociedad íntegra, y mostrar una fuerza, una cohesión, un espíritu combativo y una audacia capaces de cambiar el curso de las cosas para imponerles su propia ley” (Sebrelí, *op. cit.*, p. 112).

como un guante, pero no habría conversión si no había expiación, si no se purgaban las faltas asociadas a la clase de pertenencia, las faltas que esa literatura de mortificación tematizaba.

Más arriba sostuve que el discurso que denunciaba los comportamientos de la pequeña burguesía no era ajeno a la disputa que tras la caída de Perón se libraría en y por la opinión de la pequeña burguesía. Los cargos que se formulaban a la clase media, incluso el de moralismo, iban en busca del resorte moral, aunque este hecho escapara a la conciencia de los protagonistas. Puede uno preguntarse por la eficacia de ese discurso para generar nuevos comportamientos en aquellos a quienes interpelaba, si bien sería absurdo suponer que pueda haber un nexo causal inmediato entre palabras y acciones. En *La formación de la conciencia nacional*, Hernández Arregui saluda el proceso de “nacionalización” creciente que percibe en la juventud universitaria argentina, hecho ideológico que documenta en el giro que van tomando las declaraciones de los organismos estudiantiles (la FUA y la FUBA, entre otros) de 1955 a 1960, año de la primera edición del libro. En el curso de ese tiempo, comprueba, se habían desacreditado a los ojos del movimiento estudiantil tanto la temática antiperonista del comienzo, como la temática liberal-democrática bajo cuya invocación se habían movilizado contra Perón.<sup>49</sup> En *La democracia de masas* y desde una perspectiva completamente distante a la de Hernández Arregui, Tulio Halperin Donghi hace una observación complementaria: a medida que el paso del tiempo hacía más borrosa la experiencia del gobierno de Perón, la clase media hallaría menos difícil sumar el voto de protesta al caudal electoral del peronismo.<sup>50</sup>

Sólo podemos conjeturar respecto de cuánta gravitación pudo tener lo que he llamado literatura de mortificación en la reorientación de las actitudes de la clase media. Pero no quisiera terminar sin registrar unas declaraciones de la escritora Marta Lynch aparecidas en julio de 1965: “Hasta ahora, en mis cuentos y novelas he tratado de reflejar las calidades y las lacras de la clase media. Siempre dije que he pertenecido por derecho de nacimiento a esa clase nefasta, sin grandeza ni destino propio”.

¿Por qué estos calificativos (“nefasta”, “sin grandeza ni destino propio”), afirmados como obvios y con el tono de quien no tiene temor a mirar las cosas de frente, aun las “lacras” de su clase? ¿Cómo no pensar que esta escritora del sentido común de la clase media deja ver, bajo la forma de quien habla sin tapujos, que la inculpación de la clase media se había convertido para entonces en un lugar común? Que daba a sus juicios un sentido político se hace evidente en lo que Lynch añade a continuación: “He admirado apasionadamente al pueblo y la oligarquía me ha tenido sin cuidado”. Pero las declaraciones siguen: “Me preguntan si la clase media, la de mis novelas, es recuperable”. La pregunta no es aquí menos significativa que la respuesta: ¿Puede ser recuperable, es decir, puede ser todavía objeto de rescate y de salvación? Veamos la respuesta: “Por supuesto: todo es recuperable, para eso existen las revoluciones, aun las pacíficas, las revoluciones no necesariamente sangrientas, aunque a mí personalmente no me asusta la sangre. Y conste que tengo hijos”.<sup>51</sup>

La revolución asume, así, el papel de mito redentor: evoca y exalta el acontecimiento

<sup>49</sup> Una década después Hernández Arregui agrega como nota al pie del texto de la segunda edición: “Esta nacionalización del estudiantado es cada vez más notable y ya tiene sus mártires”. Arregui (*La formación...*, p. 464).

<sup>50</sup> Tulio Halperin Donghi, *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 144.

<sup>51</sup> *Extra*, julio de 1965.

to en que el pequeño burgués une su destino al de los trabajadores y halla salvación. Habría que agregar, entonces, que si la literatura de expiación encontró eco, si contribuyó a crear condiciones favorables para nuevos comportamientos, fue porque la mortificación era indisociable, a su vez, de las recompensas de la recuperación, es decir, de las promesas que contenía el llamado a reunirse con los trabajadores, entendidos como proletariado en la visión marxista o entendidos como núcleo del pueblo en la representación populista del antagonismo. Si esa literatura fue eficaz, en suma, fue porque mortificación y conversión exaltante eran inseparables. □